

Por otro lado el dato opuesto y coincidente, y por eso de gran fuerza probatoria, que nos brinda la visión cinematográfica de obras pictóricas. Anteriormente hemos descrito el fabuloso enriquecimiento vital que sufre un «cuadro», pero lo que sólo hemos insinuado es su también fabuloso empobrecimiento estético. En verdad más que empobrecimiento lo que hay es una destrucción total de sus bellezas, que son sustituidas, como sabemos, por una nueva y extraña vida. Consideremos además, que a mi juicio, para que se dé la percepción estética es necesario que los dos términos de la relación, espectáculo-espectador, permanezcan diferenciados.

El contemplador de una tempestad la admira estéticamente mientras no es poseído y dominado por un sentimiento más fuerte, el terror por ejemplo. En el caso de que un pavor profundo le adueñe, será incapaz de estimar la belleza y si la aprecia es evidente que se ha libertado de la servidumbre del miedo y pospuesto el terror a la admiración. En otras palabras, la *apreciación* de la belleza, el percatarnos de que algo está ahí como bello, es incompatible con la servidumbre espiritual que el cine impone. Precisamente esta percatación complica el goce estético que es, en proporción muy elevada, un goce intelectual, que se hace asequible por grados según el escalón cultural ocupado por el gozador.

Ahora bien, téngase en cuenta que cuando digo que el cine no expresa belleza no quiero decir que no contenga belleza. El «cine» puede contener, y de hecho contiene, bellezas, pero permanecen inexpresivas para el espectador porque están como apagadas por esa otra fuerza reveladora que adquieren los seres cinematografiados. De aquí que las bellezas del «cine» no se gocen durante la proyección sino después, revividas ante los ojos del espíritu. El cinematógrafo empuja con una enorme fuerza al recuerdo porque las imágenes quedan firmemente grabadas en nuestra memoria, y es en este

